

## La certera visión de Francisco Ayala

Desde ángulos contrapuestos, la certera visión de Francisco Ayala en *Recuerdos y olvidos*, que exige reproducción íntegra:

«¡Personaje extraño si los hay este Cansinos-Asséns! Con su enorme corpachón parecía venir de un mundo remoto, desde el que asomaba sólo a ratos para retraerse en seguida y hundirse en una especie de sombra con olor a humedad y a rancio. A lo que parece, rebuscando en el pasado sevillano de su familia, había encontrado —pues quien busca encuentra— antepasados judaizantes, y desde ese momento se entregó con apasionada vocación a cultivar la nostalgia literaria que había llegado a constituir una boga en la España de su tiempo. Fruto de esa pasión suya son sus libros, que exhiben títulos tales como *Psalmos*, *El candelabro de los siete brazos*, *Las luminarias de Hanukab* y otros por el orden. En ellos desplegó —seguramente en conexión con ciertas corrientes modernas, todavía no agotadas en su juventud sevillana— un estilo que, por su riqueza, esplendor, brillo, colorido, suntuosidad, delata el trato familiar que nuestro escritor sostenía con las lenguas orientales. Imagino que durante la época franquista, ese inocente judaísmo literario de Cansinos —ocasión antes, según se decía, de trifulcas con sus dos hermanas, solteras y beatas, cada vez que un sefardita acudía a visitarle en su casa del viejo Madrid—, sería causa ahora de serias inquietudes para él, no sé si de efectivos disgustos, dado el antisemitismo —también literario, pero éste, nada inofensivo— que el régimen había copiado de su modelo nazi. Lo que sí sé es que, recluido siempre, encerrado en su casa de la calle de la Morería, pasó Cansino-Asséns los últimos años de su vida trabajando como traductor, y que a su esfuerzo casi increíble debemos las versiones directas de *Las mil y una noches*, y de las obras completas de Goethe, de Dostoievsky...»

En cambio, y es otra forma de autenticidad, Francisco Ayala, en sus *Recuerdos y olvidos*, con tan razonada expectación aguardados y hartamente merecido insólito éxito —crítica, público, reconocimiento oficial— sí nos informa con mayor dimensión de los componentes familiares y sociales de su sensibilidad, de su conexión casi orgánica con las letras, de las individualidades que sectorialmente trató, en el mundo intelectual y universitario de aquel entonces, ya tan alejado de una bohemia en desfase, equívoca. En estos aspectos colindantes, señala sus «simpatías y diferencias» —para recurrir de nuevo al capitular concepto de Alfonso Reyes—. Pero, además, y en ello extrema, elegantemente, la objetividad, Francisco Ayala nos sitúa su obra, concretas fechas, en un tiempo discernible y en la orteguiana circunstancia de su yo.

Por sus dotes de reflexión y percepción, poseedor de temprana madurez, valor distinto desde flamantes cánones, natural fue que Francisco Ayala se vinculara a *Revista de Occidente* e integrara el selecto grupo congregado por el autor de *La rebelión de las masas*. Como comprensible es que en los albores de la República se apoyara, al salir del cascarón nacional, en la cultura alemana —el espíritu y el burbujeo de Weimar todavía—, predominante en aquellos círculos. (José Moreno Villa lo experimentaría también, mas con aprehensión y distanciamiento diferentes.)

Si Rafael Cansinos-Assens es un fervoroso portavoz del modernismo, Ayala

representa el movimiento hacia la modernidad y su aleación, rediviva, con el entero repertorio de nuestros clásicos.

De manera siempre puntualizadora, preceptiva, Ayala al concebir y redactar sus *Recuerdos y olvidos*, define los principios genéricos que en sus *Memorias* habrán de guiarle, normativa que los demás omiten o rozan.

En declaraciones y entrevistas, en la Introducción al tomo I de *Recuerdos y olvidos* («*Del paraíso al destierro*»), Ayala es consciente de que domina su temática y no se deja llevar por las consabidas tentaciones y elude lo que puede ser nutrición para paladares morbosos, incitaciones del desequilibrio egolátrico o severidad fiscal, los meros escapes anecdóticos. Explica su tesitura e intención de esta suerte, no exenta de ironía como rúbrica:

«Le sugiero (a Rosario Hiriart) por mi parte que aguarde un poco más y así podrá trazar por fin una biografía completa, pues mientras uno alienta no cabe establecer todavía el perfil definitivo de su vida; y además, el episodio de la muerte ofrecerá de nuevo excelente ocasión y aun mayores auspicios para la publicación deseada.»

Y a renglón seguido, añade:

«Pero cuando ese alguien es, no un caudillo político o militar, sino un hombre que por mucho que las circunstancias hayan podido zarandearlo, se ha dedicado al ejercicio de las letras y esto de manera retirada, secreta casi, entonces el relato de los hechos externos cuya peripecia jalona la sucesión de sus días tiene que parecer insípido, insignificante y desprovisto de interés público. La biografía de un escritor son sus escritos mismos. En ellos se encierra el sentido de su existencia; y si la noticia de tales o cuales pormenores anecdóticos sirve para algo, será acaso para ayudar a interpretarlos.»

Razonamiento plausible. Sin embargo, la recapitulación existencial que unas *Memorias* implican, no iluminan desde el protagonista, determinados relieves, motivaciones y trances gestatorios de su obra. Sus palabras, al aquilatar hechos emotivos, rutas mentales, artísticos enfoques, en pluma o tecla del autor, ¿no ayudan a revalidar o enmendar, a los lectores y especialistas, ciertas directrices de sus libros?

Y cuando Francisco Ayala indica que «esta capacidad de integración —que, por lo demás, es sólo relativa, pues se combina con una cierta reserva distanciadora— debe de pertenecer a su natural índole», ¿no hallaremos aquí una de las claves de la «oblicuidad» narrativa que en su carácter y noción resaltará la perspicacia crítica de Andrés Amorós?

Francisco Ayala expone, de modo gradual, toda una actitud de peculiares tonos y ya la denominación general de su obra nos incita a suponer. Y abre así un arco de alternas luces y sombras. Y al subtítular el primer tomo de sus *Recuerdos y olvidos* entendemos que el término «paraíso» está referido a la infancia y desemboca en el «destierro», orillando la calificación, entre esos extremos de la etapa formativa en el citado libro convincentemente descrita, así como trances y logros intelectuales, docentes y literarios.

La tónica se bifurca, siempre ponderada, en su relación con Ramón Pérez de Ayala y Gómez de la Serna, apuntada, con señorío, al trascender detalles hipotéticos, pero a mi juicio verosímiles. En cambio, bien redondeados quedan, en virtud del trato

frecuente y afectuoso, sus medallones de Antonio Espina y de Benjamín Jarnés, con Melchor Fernández Almagro, en razón aditiva de paisanaje.

En el grupo generacional —bien ilustra esa adscripción— Francisco Ayala relievra que, incluso respecto a la ardiente oleada política por entonces mayoritaria, «la literatura era para nosotros lo primero y principal». Lo propio ocurrió, en conexión lógica, con el deslumbrante auge del cinema y se integró, por libre, en el rimerro de críticas y estudios que constituirían cuerpo de doctrina en Jarnés y merced, asimismo, a la competente dedicación de nuestro inolvidable Manuel Villegas.

Sin embargo, al desencadenarse la guerra civil, ante la sublevación militar, Ayala se alinea resuelta y lúcidamente con la legitimidad, popular y legal, de la República, acrecido su cotejo anterior de lo europeo con la reciente excursión cultural suramericana, donde ya se le grabaron los aspectos positivos de la vida bonaerense de aquel país. Después, la Valencia sede del Gobierno, su quehacer en la Legación de Praga, colaborador de Luis Jiménez de Asúa, en la embajada.

En el capítulo inicial del segundo tomo, Francisco Ayala explana su criterio del exilio republicano en América, que en pública ocasión me permití matizar cordial y respetuosamente (las maneras de asumirlo no implican infalibilidad alguna, sino reflejo psicológico de situación). Guste o no, el destino personal y sus antecedentes, se proyectan en los conceptos y en su formulación. También la procedencia sectorial en España, en Madrid, al producirse el desgajamiento. O la tendencia particular —racionalista e instintiva de consuno— en el sentido de una capacidad loable de adaptación, sin menoscabo de lo individual y de su trayectoria. O, contrariamente, el existir erizado de los que sólo se alimentan —autofagia— de la consustanciada añoranza. Ello sin mencionar a los que procuraron aunar la fidelidad a sus orígenes con los imperativos de su paradero ambiental. Y la comparación se impone cuando de regímenes se trata, que escogieron y mantuvieron una clara postura institucional ante los republicanos españoles, en virtud de sus notorios méritos profesionales y docentes (Argentina sería un elocuente ejemplo) o las naciones —México y Chile— que por motivos ideológicos, de afinidad democrática hispanoamericana, cumplieron ampliamente el *deber de asilo* hacia los expatriados por la inícuca violencia. (En mi, al razonar de este modo, se advertirá la influencia del trastierno en la Nueva España.)

Encomiable es que, a costa de indiscutible talento, sólida preparación y laborioso empeño (remitámonos a su admirable y ejemplar tarea de traducción), Francisco Ayala se radicara, con temperamental holgura, decoroso vivir y posibilidad de expresión en Argentina primero (la estadía brasileña un largo intermedio) y más tarde, tan señeramente, en Puerto Rico y Estados Unidos. Las simbiosis entre las revistas de prestigio e irradiaciones culturales juegan un importante papel en el pensamiento, actividades y amistades de Francisco Ayala. Zona es que no sólo por facilitarle una continuidad trasplantada acarrea o propicia fecundos procesos, unos manifiestos y otros latentes. Lazos de varia índole unían a *Revista de Occidente* (Ortega y Gasset) con *Sur* (Victoria Ocampo). El autor de *La cabeza del cordero* cofunda en su «Buenos Aires querido» *Realidad*, e instituye, como una de sus más relevantes aportaciones a la Universidad de Puerto Rico, *La Torre*.

De las zonas a que nos hemos referido provienen expresivas semblanzas, que